

# Todo el mundo y yo

pandemia anécdota



Marco Aurelio Larios

## Todo el mundo y yo. pandemia anécdota

**Marco Aurelio Larios**

*We don't have plans, we only have circumstances*

Bosko Milli, amigo escritor serbio

El viernes 13 de marzo, por la tarde, sabía de antemano que sería mi última clase presencial en Letras Hispánicas. Ya se había anunciado que la Universidad cerraría para obligar el confinamiento de profesores, estudiantes y administrativos, como una medida emergente del gobierno mexicano.

La clase fue, de algún modo, un poco angustiante. Había inquietud en todos y no menos en mí. Había estado al tanto de los estragos que ocasionaba la pandemia que surgió en Wuhan, China; | pegó gravemente entre los italianos a quienes les llegó de manera desprevenida y sin saber de qué tamaño era la enfermedad, la que se propagaba como el fuego en pasto seco.

Antes de terminar la clase, pasé una hoja para que los alumnos me escribieran su correo electrónico. Ya les avisaría cómo podríamos continuar con la clase. Nos despedimos cabizbajos, con el negro augurio de que la vida ya no sería nunca igual.

A la mañana siguiente fui a Office Depot para comprar un pequeño pintarrón y plumones de agua. Las clases no podrían suspenderse. No podríamos vencernos sin ser antes vencidos por la pandemia.

\*\*\*

Mi hija volvió a Alemania en febrero, pero antes ya habíamos escuchado y leído todo sobre la propagación de la pandemia en Europa. Por eso adquirimos un buen lote de cubrebocas y compramos mascarillas de plástico para protegernos. Pensamos que todo estornudo o tosedera podría contenerse en estas murallas que nos disfrazaban la cara.

Tomamos como medida familiar, no sin exageración particular, que todo aquel que proviniera de la calle por cualquier índole, debía inmediatamente ducharse y cambiar su ropa por una limpia. Ahí comenzó el trasiego de la ropa sucia y limpia, el jabón en polvo y la lavadora todos los días.

Dividimos los manuales de los lavabos: a la izquierda con jabón para Covid 19 y el de la derecha para lavarnos en casa con jabón no covid. Igualmente las toallas de secar las manos, las unas y las otras. Teníamos un nuevo ritmo de limpieza. Y debía ser inalterable para seguridad de la familia.

Mi hija terminó yéndose a Europa atravesando la pandemia que ya se cernía por el viejo continente. Yo leía las noticias sobre una España que se devastaba por la pandemia. Temía porque pronto llegaría a México, como finalmente arribó a fines de marzo.

\*\*\*

Mi esposa y yo nos encontraríamos con nuestro hijo en Sevilla para pasar la Semana Santa y admirar los rituales de un catolicismo acendrado; procesiones, rezos, cante hondo, nos prometían una experiencia única. Compramos con anticipación los vuelos a Madrid y rentaríamos un auto para viajar por Andalucía., departamentos Airbnb, y estábamos prácticamente listos.

Entonces ocurrió la pandemia: nos llegaban noticias de cómo se propagaba rápidamente por los países de Europa. Los más afectados eran Italia y España. Mantuvimos una comunicación permanente con nuestro hijo y a él le parecía una exageración el amarillismo de los periódicos. Cuando la Universidad de Guadalajara nos obligó a detener las clases presenciales el lunes 16 de marzo, fui tajante con la especulación de mi hijo: no iríamos por ningún motivo. Esto entrañaba una dura situación económica pues se perderían miles de pesos. Después de todo, mi esposa y yo habíamos aprendido que el dinero viene y va, pero la vida continúa.

Al final, mi hijo comprendió la gravedad de la pandemia pues también se había extendido en Alemania. Mi hija estaba por allá también.

\*\*\*

El gobierno mexicano inició la campaña de “Quédate en casa” para generar un confinamiento masivo. Salvo las actividades esenciales (venta y compra de alimentos, farmacias, hospitales y consulta médica, construcción y transporte público) todo se paralizó. No hubo que ir a la escuela, pero se prepararon clases por televisión, por internet, videoconferencias; el homework se volvió la oficina; adultos mayores de sesenta años y madres solteras con hijos menores de edad fueron dispensados de sus trabajos. “Quédate en casa”

Comenzaron las conferencias vespertinas a las 19:00 horas con el Subsecretario de Salud Pública, el doctor Hugo López Gatell, experto epidemiólogo, donde mostraba las estadísticas de enfermos Covid 19 y el número de muertos en México; la adecuación de hospitales exclusivos para enfermos por la pandemia; se llegó hasta el horror de volver instalaciones deportivas (como el Palacio de los Deportes en Ciudad de México) con carpas y camastros para atender a la creciente población flagelada por el coronavirus.

Ciudad de México, una las más grandes megalópolis del mundo, sucumbía con suma rapidez. Guadalajara, en igual orden, es la otra gran ciudad superpoblada del país. El ejemplo de la capital nos anticipaba nuestro temor. ¿Llegaría con tal virulencia también entre los tapatíos? Y no obstante había que ir al supermercado, al mercado, a las tiendas de barrio para abastecernos.

Nuestra única defensa era el cubrebocas, la careta de plástico y el gel de alcohol para defendernos momentáneamente.

\*\*\*

Lo más triste de todo (y esto es sólo mi parecer personal) es que las campanas del templo de Santa Teresita dejaron de sonar al amanecer. Despuntaba el día con su blanca claridad pero el barrio estaba en silencio, hasta el trinar de los pájaros era melancólico. La pandemia, como la peste negra en la Europa medieval, presagiaba el fin del mundo: tal vez no de todos mas sí de muchos. La muerte que se avecinaba no era la que muchos hubieran deseado para sí: aislados en un hospital, entubados con respirador artificial y sin compañía de los seres queridos, como un perro sarnoso que muere solo.

Para distraer la mente comencé a ver películas vaqueras de los años sesenta y setenta, género que fue mi favorito en mi adolescencia y que repetidamente vi en el Cine Latino por las calles Garibaldi y Frías. Supongo que constituía regresar a un tiempo en que fui (era) feliz, sin la zozobra del presente pandémico.

Y, claro, siempre pensé que tendría mi muerte tan buscada y no la que la pandemia me daría.

\*\*\*

La Semana Santa llegó lúgubre. Los templos permanecían cerrados y no había palmas para bendecir ni empanadas que comprar. No había celebración del “Bendito el que viene en nombre del Señor”.

Vi la misa del Domingo de Ramos por el Canal Vaticano impartida por el Papa Francisco I, frente al Baldaquino de Bernini. La ceremonia austera y grave: Italia ha sido sometida por la pandemia y no hay esperanzas próximas. Las lecturas del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento tenían una nueva interpretación a la luz de los hechos actuales. La tristeza cunde en el Vaticano y en los que compartimos oración de modo inusitado ante una computadora. Crece aquella frase de que mientras dos o tres oren en comunidad Dios estará ahí. Mi fe parroquial santa teresiana también me postra.

En los primeros Días Santos miré películas relacionadas con la vida de Jesús el Cristo. Personalmente sentía que verlas era tener otro tipo de oración. La realidad pandémica estaba ahí afuera de mi casa, me protegía dentro con un extraño modo de orar que a veces parece, como pagano, un conjuro ante el mal.

\*\*\*

Los Jueves Santos se volvieron en los últimos años en un momento importante en los ciclos de mi vida. Tenían que ver con el recuerdo de mi madre y el inevitable viaje a la playa en esos –para – ella- sagrados días. No había tiempo para el recogimiento y la reflexión cristiana. Pero era comprensible por mi padre que podía disfrutar de varios días de asueto consecutivos por el tipo de trabajo que hacía durante el año. Entre el bullicio y la algarabía, la semidesnudez de los bañistas, el alcohol y la música altisonante, yo veía a mi madre que de vez en vez murmuraba alguna oración.

Por eso, en cuanto pude, decidí permanecer en casa esos Días Santos. Y esperaba con gusto y expiación la misa de la instauración de la Eucaristía. Una larga misa que incluía el lavatorio de los pies, la procesión del Santísimo Sacramento y los cantos de aquella mi infancia: “Cantemos al amor de los amores” y “Altísimo Señor”. Las lágrimas en mis ojos.

En esos años compré una reproducción de La Última Cena de Leonardo Da Vinci. Y cada vez, al volver a casa, ponía en la parte de atrás del cuadro la fecha de ese Jueves Santo.

Ahora, en este 2020, había rezado la misa nuevamente por Canal Vaticano con el Papa Francisco I. Las lecturas fueron cantadas con esa fascinante entonación de los sacerdotes que intervinieron para leerlas. Persignarse y arrodillarse en la sala de mi casa no me inhibía de mi estado de recogimiento y expiación. Era la “nueva normalidad” del mundo entero.

\*\*\*

El Domingo de Resurrección quité la palma que había puesto en la ventana exterior de la casa. Era una palma que conseguí en el 2019, bendecida en el altar del templo de Santa Teresita. Se terminaba el luto por Jesús el Cristo y se alegraba el mundo católico con esta festividad. Yo recordaba la noche del velorio de mi madre en la capilla ardiente en 1996. Traía en un bolsillo una versión pequeña de los evangelios. De pronto a altas horas de esa noche se me pidió leer un fragmento de cualquier evangelio y entonces extraje el libro y al azar lo abrí en el capítulo 11 del evangelio de San Juan, versículos del 33 al 44. “La muerte no podrá ganarnos jamás”, pensé y supe que era el miedo real a la pandemia del coronavirus.

Por la noche me enteré que Pablo Bañuelos, un amigo músico de mi juventud, había muerto, pero no por la pandemia pues llevaba un par de años con hemodiálisis. El asunto es que murió en Jueves Santo y el Viernes Santo lo incineraron, es decir, no pudo tener misa de cuerpo presente pues estos dos días son los únicos del año en que no se puede decir misa. Resquiescat in pace.

\*\*\*

Los días comenzaron a tener tres momentos en mi vida diaria. El primero consistía en realizar actividades prácticas como hacer limpieza en casa o salir para conseguir provisiones. El segundo se relacionaba con mis compromisos de trabajo como profesor y como administrativo del Doctorado en Humanidades. Luego caía la tarde y el advenimiento de la noche me conducía a los noticieros, las películas o los documentales.

Volví a ver partidos de fútbol que me eran personalmente emblemáticos como el de Brasil contra Inglaterra en el mundial de 1970, o el México-Alemania en 1986, o el México-Brasil en los Juegos Olímpicos de Londres en el 2010. Veía pasajes cortos de goles soberbios, sucesos inesperados y casi imposibles de imaginar en campos de fútbol. Todo constituía en marear el cúmulo de emociones contradictorias.

Luego despertar y llenar el primer pensamiento con la frase: “otro día más”.

\*\*\*

Luego de las vacaciones de primavera tendría que llevar a cabo el curso propedéutico de los solicitantes a ingresar al Doctorado en Humanidades; ya no sería presencial y no podría explicar con detalle cómo se transita del canon clásico del arte al canon posmoderno del arte. Contaba, ciertamente, con un texto sobre ese tema: un libelo en favor, y en contra, del arte moderno. A partir de este texto los solicitantes podrían hacer el ensayo requerido para calificar su curso propedéutico.

Las clases en la Licenciatura en Letras y la Licenciatura en Escritura Creativa continuaban en la plataforma de Meet de Google y mis reuniones de trabajo como funcionario en la plataforma de Zoom. Todo consistía en seguir en el confinamiento. ¡Quédate en casa!

\*\*\*

La verdad es que el asunto de la pandemia parecía más un rumor que una realidad, al menos en mi entorno personal, es decir, entre amigos y parientes, entre vecinos y colegas universitarios. El espanto provenía de las noticias de Ciudad de México: allá la gente caía en los hospitales como desgranados de la mazorca. El gobierno tuvo que rehabilitar hospitales que se habían convertido en elefantes blancos por las administraciones pasadas para aparentar la inversión pública pero que solamente allanaban el camino a la corrupción. Esto también daba coraje pues siempre se había jugado con la salud del pueblo. La hora de la urgencia y la necesidad aparecieron con toda su contundencia. Sobrevivir o morir.

La cuestión del rumor sobre la realidad dividía a los habitantes del barrio: unos usaban cubrebocas y otros no. Sobre todo, eran los jóvenes que se envalentonaban ante la aparente epidemia. Escucharon que el coronavirus daba a los viejos, y más bien a varones que mujeres, para desaparecerlos del planeta tierra.

Comenzó a especularse si el virus provenía de los murciélagos que se comían los chinos en el mercado de Wuhan o era un diseño de laboratorio. ¿Lo inventaron los chinos o los americanos? El debate crecería en los meses siguientes y la Organización Mundial de la Salud (OMS) tendría que dirimir o discrepar.

\*\*\*

Mayo: presentación de pre-proyectos de investigación de los solicitantes a la nueva generación del Doctorado. Se hizo a través de videoconferencias y presentaciones en power point. Los profesores y yo calificábamos varios rubros con puntaje, siempre en términos de tres evaluadores.

Mayo: no hubo día de la madre (que no tengo ya) ni día del maestro (con sobresueldo). Se habían acabado aquellas comidas en grandes restaurantes o casinos de eventos, rifas de regalos de los líderes sindicales. La bulliciosa celebración con los colegas había desaparecido. ¿Habría en el futuro de nuestras vidas una vuelta a esas celebraciones? Solamente cuando la “inmunidad del

rebaño” se lograra, y eso para los que ya éramos adultos mayores no parecía lejana sino imposible.

Mayo: los estudiantes de licenciatura entregaron sus ensayos semestrales a través de correos electrónicos para su revisión y así conseguir la calificación final. Todo era virtual pues veías a todos por la cámara de tu computadora, pero estabas solo en el escritorio de tu biblioteca. Comenzaba poco a poco a anidarse la depresión luego de tanto encierro. Ya ni las llamadas esporádicas a algunos amigos nos salvaban.

Mayo: Terminaba el periodo de la Jornada Nacional de Sana Distancia. “Susana distancia” parecía una chica superpoderosa de los años noventa, caricaturas que veía mi hija menor. ¿Y qué seguiría y por dónde?

\*\*\*

Fue cuando comencé a ver todo como un déjà vu: vivía como si ya todo había ocurrido. “Es la misma situación que la otra vez”. “¿No lo había visto antes?”. “¿Por qué hacía lo mismo esa señora si lo hizo ayer?”. “Va detrás de mí como siempre”. No es locura, sino que simplemente el tiempo se repite pues su carácter cíclico es su esencia. ¿Acaso esta pandemia no es otra vez la peste bubónica? Vamos, no seas tan pesimista, Marco Aurelio.

\*\*\*

En junio entrevistamos, de uno por uno, con cita previa, a los solicitantes del Doctorado en Humanidades para que reforzaran sus motivos, pero también para saber su situación socioeconómica, su estado civil, las razones para continuar o abandonar el posgrado en caso de que se presentase un incidente inevitable. Todo por valorar sus posturas intelectuales y emocionales.

En junio llevamos el Coloquio de Avances de Tesis de la tercera generación (2018-2022) del programa, bajo el esquema de la videoconferencia. Fue entretenida la semana, pero agotadora también. Luego vinieron los reportes de los becarios ante Conacyt.

En junio teníamos que dictaminar a los doce elegidos para ingresar a la nueva generación del programa de posgrado. Lo pospusimos por cuestiones administrativas ante la Universidad de Guadalajara.

En junio, a fines, volvió mi hija Brenda. Había atravesado toda la Europa pandémica para volver a casa.

\*\*\*

Tal vez porque soy su padre la veo como una mujer heroica, un atrevimiento de moverse cuando habría que estar inmóvil en un sitio y resguardarse hasta que todo aminorara. Pero sus razones para permanecer allá habían desaparecido. Regresaba con una Maestría en Estudios de Las

Américas por la Universidad de Erlangen-Núremberg. Se había despedido de su hermano en Frankfurt y ahora volver al barrio de Santa Teresita, a la casa paterna, a la casa de los abuelos (fallecidos ya).

Nos había llamado para decirnos que compráramos utensilios, vasos, platos desechables para comer, guantes de látex; quería ropa limpia de cama porque llegaría a encerrarse en su habitación (que cuenta además con un baño completo) pues haría cuarentena por quince días. Platicaríamos a la distancia por su ventana y nos contaría sus últimas anécdotas en Europa. Sabríamos de nuestro hijo mayor y nuestros nietos alemanes y de su todavía descreimiento de la pandemia. En Alemania, en ese entonces, aún se creía que era como una gripe. Nada de qué alarmarse.

Nos contó que casi no comió en su largo viaje. En los aviones, toda cubierta de cubrebocas, lentes y mascarilla de plástico, no comía al mismo tiempo que los demás pasajeros. Cuando todo parecía tranquilo en ese largo viaje y todos parecía adormilarse, entonces aprovechaba para un bocado y tomar agua. No lo hizo tantas veces como debió hacerlo. Yo la imagino casi como aguantando la respiración bajo el agua: ¿cuántos segundos o cuántos minutos?

Nosotros fuimos a su llegada al aeropuerto de Guadalajara y regresamos en una gran camioneta de taxi. No hablamos solamente nos mirábamos. Nosotros no teníamos miedo de contaminarnos de su pandemia europea: hija nuestra.

\*\*\*

Mi hija Brenda se postuló para hacer un doctorado en la República Checa y fue aceptada en la Universidad de Olomuc, en una bellísima ciudad imperial que recuerda en sus construcciones al antiguo Imperio Austro-Húngaro y, por supuesto, a nuestra siempre amada ciudad de Viena.

La pandemia estaba en todo su clímax en Ciudad de México y debíamos viajar allá, a la embajada de la República Checa por el área de Chapultepec donde se concentran la mayor de las representaciones extranjeras. Recordamos que en otrora fuimos por la visa alemana para que hiciera su maestría y ahora volvíamos, pero volvíamos con un gran temor: el contagio inevitable del covid-19.

Implementamos su método de seguridad: nos dotamos de cubrebocas, lentes y mascarillas de plástico, bastante gel de manos y toallitas sanitizantes. Escogimos por internet un hotel cercano a la embajada checa, discreto y práctico para nuestras necesidades de sobrevivencia (perdón por usar esta palabra).

Desde que salimos de casa rumbo al aeropuerto Miguel Hidalgo de Guadalajara, la llegada al aeropuerto Benito Juárez de Ciudad de México, el alquiler del taxi que debía llevarnos al hotel (casi una hora atravesando el congestionamiento del tráfico) y la llegada al hotel, pequeño, discreto y ecológico, no bajamos la guardia: no comimos nada, no tomamos agua. Incluso, cuando la habitación que se nos asignó, mi hija limpió todas las superficies del cuarto con las toallitas sanitizantes, incluido el baño. Durante esa hora estuvimos cubiertos todavía y cuando terminamos con la limpieza covid nos despojamos de nuestras mascarillas y cubrebocas y nos bañamos para quitar toda posibilidad del virus en nuestros cuerpos y nos cambiamos de ropa.

La tarde caía y el bello camellón de la avenida con sus grandes árboles, que sin duda provenía el bosque de Chapultepec, hacían más noble y relajada la proximidad de la noche. Creamos, por así decirlo, un remanso en medio de la catástrofe de nuestra capital nacional.

El hotel tenía un restaurante aledaño donde nos servían el desayuno convenido con la renta de la habitación. Nos gustó porque no era un sitio cerrado sino una especie de terraza y confiábamos que el covid se contagiaba más en lugares cerrados que abiertos. Nos sentamos en una mesa que estaba lo más lejos de los peatones que circulaban por la banqueta y retirados de la única mesera y el cocinero.

Emprendimos el camino a la cita en la embajada. Mi hija tenía que llenar un formulario allá dentro y le tomarían fotografías y huellas dactilares. Yo me senté afuera en un escalón cerca de la puerta. Y cuando veía que alguien pasaría cerca de mí, me cruzaba la calle a la acera opuesta y luego volvía para sentarme de nuevo. Así pasó un par de horas. Y volvimos al hotel.

Nuestras maletas estaban en recepción pues dejamos la habitación y ahora tomaríamos un taxi para ir al aeropuerto y volver a casa. Nos encubrimos de nuevo con todo nuestro arsenal anti-covid y regresamos a Guadalajara. Misión cumplida si en los próximos días no manifestásemos los síntomas de la pandemia.

\*\*\*

Las clases en la Universidad se reanudaron a principios de septiembre. El mecanismo de la enseñanza fue el mismo: la videoconferencia. Inicé clases con la reciente generación del Doctorado en Humanidades a quienes conocí físicamente en febrero y ahora había que comenzar el seminario por internet. No obstante, la circunstancia de este tipo de clases consistía en que retaba a la imaginación de los estudiantes –sobre todo a los de la Licenciatura en Escritura Creativa- la presentación de sus proyectos en power point.

Se hablaba en los medios de comunicación sobre la suspensión de todo festejo nacional por el mes de la patria, pero los hubo por parte del presidente Andrés Manuel López Obrador salvaguardado por el ejército nacional y transmitido por televisión. Quizá nunca antes había sido tan emotivo presenciar esto, y no era cuestión de nacionalismo sino de pura nostalgia de una realidad que no volvería a ser la misma.

\*\*\*

Muchas veces espero que amanezca. Abro los ojos y observo la oscuridad que se ve desde mi ventana. Miro el reloj y son las seis y media en este tiempo de horario de verano que pronto terminará. Luego escucho las campanadas del templo de Santa Tere. Entonces gorgojea un pájaro: su canto anuncia que está a punto de amanecer. Anuncia el nuevo día, y no hallo si alegrarme o lamentarlo. Simplemente es otro día más en mi vida y en la vida de mi familia, de mi país. Pero de pronto el pájaro, que no lo conozco y no sé cómo es, deja de cantar. Y la oscuridad de la noche se vuelve blanca. Ahora son otros pajaritos quienes canta la aparición del sol en el horizonte, no

gorgojean sino hacen una celebración; tienen un ánimo increíble. Suenan de nuevo las campanas del templo del barrio y yo me digo “es hora de preparar el café”.

\*\*\*

En octubre mi hija y yo volvimos a Ciudad de México pues le darían su visa para estudiar en la República Checa. Hicimos el mismo protocolo de agosto para defendernos de la pandemia y llegamos al mismo hotel (hostería) para aislarnos de las multitudes. El semáforo rojo continuaba, pero la vida urbana seguía circulando. Mucha gente en la calle caminando, corriendo para hacer ejercicio o paseando a sus perros.

Al día siguiente fuimos a la embajada checa por la visa. Otra vez me senté en la banqueta y esperé que saliera mi hija. Un funcionario me pidió que mejor entrara a la oficina. Había muchos pósteres de las ciudades de ese país. Aunque yo viví a una hora de distancia de la República Checa nunca la visité. Praga, Olomuc, y otras regiones presumían su belleza en extraordinarias fotos.

Finalmente, mi hija y yo nos fuimos al aeropuerto pues esa misma tarde ella viajaría para Europa. Comimos en Toks. Escogimos un apartado por el lado de la cocina para seguir, todo lo posible, con el aislamiento. Arrachera con papas fritas y bolillo, un buen vino tinto. Luego nos fuimos al área de abordar de Aeroméxico. Mi hija y yo nos abrazamos de despedida. Si teníamos el covid 19 o no, no importaba ya mucho. Pensé que pasarían algunos meses antes de volver a vernos.

Yo regresé a Guadalajara con mi tristeza habitual y consuetudinaria.

\*\*\*

En diciembre nos reunimos con mi otra hija para pasar la Navidad. Compramos un pino de maceta para adornarlo e iluminarlo en la cochera de nuestra nueva casa (al otro lado del mundo como digo yo) en lo más poniente de la zona metropolitana de Guadalajara. Adornamos el interior de la casa con copetes navideños de esferas y pusimos motivos de época para que nuestros nietos se sintieran en el ambiente; ellos estaban expectantes de los regalos que unos provendrían de Santa Claus y otros del Niño Dios. Mamá Carmen preparó bacalao a la vizcaína para la cena del 24 de diciembre y repetimos la costumbre del recalentado el 25 de diciembre.

La tía Brenda (mi hija menor que había vuelto) cosía bolsos de todos tamaños y hacía cubre bocas muy originales, mientras los niños salían al parque del fraccionamiento para caminar y jugar en el jardín. Yo no dejaba de tener frío a todas horas. Luego de la siesta vespertina platicamos todos usando los recuerdos de otros tiempos y al caer la noche yo les leía a los nietos “El jardín secreto” con los recursos de los cuentacuentos, haciendo voces y sonidos para dar énfasis a la historia que les leía. Curiosamente el papá de mis nietos se interesó tanto en la historia que cada día esperaba esta hora para seguir escuchando.

Por esos días comencé a sangrar por la boca. “El principio del fin”, me dije; el hígado comienza a despedazarse. Confieso que estuve asustado esos días, pero no dejé de beber un solo día. Creí que llegar al año 2021 en Año Nuevo sería maravilloso pues no moriría en este fin de año.

\*\*\*

Todos los días íbamos al vasto jardín del coto: hay dos albercas en los extremos y en el centro está un gran árbol, frondoso que produce mucha sombra. Desde este sitio de placer visual también se veía a los lejos (no tan lejos) cerros. Y mis nietos corriendo, riendo, con una felicidad de libertad de tantos días de encierro en su casa con clases virtuales, y ahora libres puesto que ellos no comprenden del todo la magnitud de la pandemia.

También parece ser que por las noches no solamente ronco sino que hablo dormido, y digo cosas claras y quien me escuchase sabría cuáles son mis pensamientos. Tal vez son mis preocupaciones del día o mis deseos personales que provienen de mi inconsciente.

El Año Nuevo vino sin mucho alborozo. Un brindis con micheladas y algo de licor fuerte. Vimos las celebraciones en el mundo. Nosotros vivimos en una de las ciudades más occidentales donde el día 31 de diciembre cierra lo más tarde (sólo Los Ángeles y San Francisco en California en Estados Unidos nos ganan en esta temporalidad). Es decir, en todas partes del mundo ya es Año Nuevo, pero nosotros todavía estamos en el Año Viejo.

\*\*\*

Este fin de año se enfermó mi hermano mayor de covid. No le fue bien, tuvo una semana de sufrimiento físico y mental. Vio de cerquitas la muerte. Lo medicamentaron varios médicos con medicina alópata y homeópata. Tuvo que airar sus pulmones con cilindros de oxígeno pues parecía ahogarse por falta de aire. Tomaba los medicamentos cada media hora durante toda la noche y no dormía en ese sentido. Sabía que luchaba por su vida.

Cuando salió de esta crisis física, aunque no sano del todo, pero ya sin los cilindros de oxígeno, comenzamos a hablar por teléfono largamente. Comenzamos a hablar de nuestra parentela, sobre todo de la que él conoció antes de que yo naciera: abuelos, tíos abuelos, primeros cercanos y primos lejanos. Anécdotas muy ciertas y otras increíbles (como la de un tío de mi madre que mató a un hacendado en tiempos de la Revolución Mexicana y se escondió en los montes; mi abuela, muy muchacha entonces, cruzaba toda la noche para llevarle víveres; un día se topó en la madrugada con Pancho Villa, quien la interpeló para que invitase a su hermano que huía se incorporara a la División del Norte). Me contó que otro tío se ganó la lotería y cerraba las cantinas y con fanfarronería gritaba “yo pago a todos lo que beban”; murió en la pobreza total.

Esas llamadas por teléfono no sanaban el cuerpo, pero iban curando la mente porque la memoria tiene ese vigor de hacernos vivir el presente y esperar el futuro que aún nos falta.

\*\*\*

En enero de este 2021 tuvimos nuestro Coloquio de Avances de Tesis con las dos generaciones vigentes del Doctorado en Humanidades. Fue una semana intensa de trabajo intelectual entre las diez de la mañana y las tres de la tarde. Pero había avidez de relación entre los estudiantes, aunque todo fuera virtual. El confinamiento había cambiado incluso nuestro aspecto físico: unos se raparon el cabello y otros se dejaron crecer la barba con exceso. Esta relajación también estaba en nuestras vestimentas. Creo que no valía la pena comprar pantalones y camisas nuevos. Ya no era un lucirse para los otros sino simplemente sobrevivir.

El calendario escolar de la Universidad pospuso el inicio de las clases ya entrado el mes de febrero. No sé si en esa decisión cabría la posibilidad de un regreso a la presencialidad en las aulas de los campus universitarios.

Yo me preparaba leyendo las tesis de titulación de dos alumnos dirigidos por mí en la Licenciatura en Letras Hispánicas. Uno de ellos tenía un logro mayúsculo pues sufría de autismo y su habla lenta, pasmosa, y no obstante es muy inteligente. (El día de su examen, mediante la videoconferencia, supe que algunos profesores de Letras dijeron que no poseía la capacidad para estudiar y esto significaba cierto desprecio, racismo de algún modo, hacia ese joven). Desde que él me solicitó que le ayudara en la dirección de su tesis, puse todo el empeño de que lograra su titulación. No quiero mentir que se me salieron las lágrimas al concluir su examen de titulación.

\*\*\*

Hacer el mandado. Tuve que implementar una técnica para ir de compras al mercado de Santa Teresita. La cuestión fundamental era no toparse con tanta gente y mucho menos rozarse o chocar con las personas. En tiempos de normalidad me hubiera ido caminando pues vivo a unas cuantas cuadras. Ahora me subía al carro y buscaba estacionarme lo más posible por una de las entradas del mercado. Mi esposa me hacía listas de productos a comprar con el verdulero, con el de la fruta, con la carnicería o la pollería, en la cremería y con el vendedor de granos (frijol, maíz, ajos, canela, Jamaica). Todo listo para llevar a cabo la técnica que había ideado.

Entonces salía del auto con cubrebocas y una careta de plástico. No caminaba sobre la banqueta sino entre los carros estacionados. Entraba por la puerta de la calle Andrés Terán para llegar al puesto de verduras. Nada fácil pues es el pasillo más transitado al interior del mercado. Conseguía darle la lista de verduras y salía del mercado. Daba la vuelta por la calle trasera para ir a la cremería, pollería y carnicería y hacer los pedidos. Salía de nuevo para ir con el de los granos y las frutas. Pedidos con las listas escritas por mi esposa. Y comenzaba la recolección de la misma forma que empecé la compra del mandado. Llevar las bolsas al carro y volver por lo demás.

Siempre me untaba gel con alcohol al llegar al carro pues había agarrado dinero.

Debo confesarlo, y lo hago sin vergüenza, que estiraba mis brazos para pedirle a la gente que no se me acercase tanto a mí. La sana distancia que no todos lo entendían así.

Volver a casa y bañarme y cambiarme de ropa. Quizá mi actitud no comprendía cómo se podía contaminar del covid 19 pero así llevaba muchos meses protegiéndome.

\*\*\*

Idee un club de lectura para la comunidad académica del Doctorado en Humanidades. Invitaba a las dos generaciones vigentes y a algunos profesores. Todos los martes a las 18:00 horas para conversar sobre obras y autores.

En el inicio no fuimos tantos, pero pudimos realizar buenas conversaciones. Al principio hablamos de aquellos libros que nos habían marcado en la vida (yo repetí mi historia personal con Los Miserables de Víctor Hugo y su consecuente influencia con mi novela “Barrio Santa Tere”). Otros participantes hablaron de Marcel Proust, de Virgilio, de El Quijote de Cervantes, de Albert Camus y hasta de Juan Rulfo y Salvador Elizondo.

Una sesión giró sobre una selección de cinco poemas escogidos por mí: el Arte Poética de Borges y Neruda, un poema de César Vallejo, y otro de Neruda. Hablamos de las estrategias emprendidas por los poetas en dichos poemas, sobre sus singularidades e innovaciones, las nuevas técnicas de la poesía del siglo XX.

Luego invitamos a autores para que nos hablaran de su obra literaria. Con anticipación nos enviaban un cuento o un fragmento de su escritura. “El club de la pelea” como llamábamos a nuestro club de lectura se volvió más interesante pero la asistencia de los participantes fue disminuyendo. (Terminé por cancelar estas convocatorias de conversación a principios de junio con el pretexto de que nos daríamos una pausa).

\*\*\*

En febrero reanudamos las actividades académicas en toda la Universidad de Guadalajara. Primero comenzaron los programas de posgrado y luego las licenciaturas. Constituía una reanimación ante tanta expectativa pandémica.

Vinieron también reunión colegiadas con las autoridades del Centro Universitario y acuerdos con Academias y Juntas Académicas.

Firmar oficios, sellarlos, escanearlos y enviarlos como archivos PDF. Nunca me fue tan útil un aparato multifuncional.

\*\*\*

Llegó el inicio de la Cuaresma con su Miércoles de Ceniza: “Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris”. Yo no fui a tomar la ceniza, pero supongo que muchos feligreses lo hicieron en el templo con su cubrebocas. Si Alguien pudiera contener la pandemia era ese Alguien en el que la gente cree y confía. (Yo también).

Luego vino la Semana Santa a fines de marzo y las vacaciones. La cuestión es que la gente se volcó a las playas de manera masiva. Se veía en las noticias las albercas llenas de personas juntas, las playas atiborradas, sin cubrebocas, celebrando la vida pues la muerte por la pandemia sería para muchos inevitables. ¿Y por qué no vivir lo que se tenga que vivir? Timorato de mí, encerrado en

casa viendo la nueva versión de Ben-Hur y las películas de Saulo o de María Magdalena como el doceavo apóstol.

Esperar la misa del Jueves Santo por el Canal Vaticano y escuchar desde la puerta de mi casa la Marcha del Silencio del Viernes Santo que atravesaba las calles del barrio.

Pensé que tanta gente en la calle traería otra nueva ola de covid.

\*\*\*

Vino la segunda etapa de la vacunación: ahora serían las mujeres y hombres de la tercera edad. Había que registrarse en la página oficial del gobierno para generar una boleta de inscripción. El orden de los vacunados sería alfabético por apellidos: de la A a la K y de la L a la Zeta, un día unos y otros el siguiente.

Yo veía por la televisión que antes de iniciar esa semana del 29 de marzo la gente mayor (o sus hijos) se fueron a hacer fila y pernoctar en las banquetas para asegurar un lugar en la vacunación. No sólo me parecía patético y conmovedor sino también terrible y desesperanzador.

“¡Hay que vacunarse para salvarse de la muerte!”, aunque de todas formas moriríamos unos más antes que otros.

Yo esperaba con ansia este momento solamente para no morirme de una muerte no deseada (porque tengo la deseada, por supuesto). Y el día que me tocaba asistir al núcleo de vacunación, desistí. Me entraron tantas dudas, acaso miedos, y me arrellané en la poltrona de mi casa con la mente casi en blanco dejando pasar las horas de ese día que tanto esperé y ahora temía.

Pasé la noche en vela y en cuanto aclaró el día, le dije a mi esposa me voy al CODE (Consejo Estatal de Fomento al Deporte). “Es el día de los rezagados y no sé si tendré otra oportunidad”. Me vestí con mi chaleco porque la mañana estaba fresca a pesar de que el calor de la primavera comenzaba a sofocar a los habitantes de Guadalajara.

Para mi sorpresa y suerte no había tanta gente. En media hora entré a la zona de vacunación con mi papeleta en mano para el registro de la vacuna. Era la cancha de basket-ball sin las graderías y el amplio sitio estaba lleno de sillas. Fuimos ordenados por filas y con altavoces nos dieron instrucciones a seguir.

Había médicos, enfermeros, personal de protección civil, camilleros de ambulancia y al fondo o al principio del recinto los frigoríficos de donde sacaban las vacunas que inmediatamente había que aplicar. Tres soldados del Ejército Nacional vigilaban todas las acciones. Ellos representaban el compromiso del presidente Andrés Manuel López Obrador, quien como un gran Tlatoani vigilaba por el bienestar de su pueblo.

Me vacunaron en el brazo izquierdo y me pidieron permanecer en la silla media hora para saber que no tendría una reacción grave. Sellaron la boleta y pusieron el nombre de la vacuna: SINOVAC. Pensé: “ahora tengo genética china en mi sangre”. Sonreí por esta idea estéril.

En dos horas estaba de vuelta en casa. Temor y dudas superados.

Dos días después comencé a sentir un fuerte agotamiento físico y tenía fiebre. Sin duda eran los efectos secundarios de la vacuna.

\*\*\*

El confinamiento seguía. Yo intentaba paliar el estrés y la depresión dando mis clases y llevando la administración del Doctorado en Humanidades, pero era inevitable salir al mercado y a los bancos los días que fueran necesarios.

Me escapaba del barrio para pasar días en la otra casa que había comprado en un coto (como ya lo dije más arriba). Combinaba el trabajo con la revisión constante de las noticias. Por la noche videos y resúmenes de futbol, documentales históricos, culturales, turísticos. Paliar terminó siendo, como metáfora, palear las emociones-escombros del espíritu.

No constituían tiempos para reinventarse o renovarse sino para someterse y aguantar el destino indescifrable del día siguiente.

\*\*\*

El viernes 23 de abril fue el Día Mundial del Libro. En Guadalajara se tiene una costumbre arraigada de hace años: regalar un libro en las principales librerías de la ciudad. Generalmente habla del libro, de su importancia, de su hechura, de su impacto en un escritor o en los lectores. Lo diseña Avelino Sordo Vilchis de Rayuela Diseño Editorial y financia su impresión la más tapatía de las librerías: Gonvill (González Villa).

Solamente en el 2016, la edición fue sobre la vida y obra de Cervantes, en forma de cuentos históricos, con motivo de su 400 aniversario luctuoso. Yo tuve la fortuna de coordinar la edición con el apoyo del editor.

\*\*\*

Los supuestos amigos de toda mi vida se fueron escabullendo: si no les llamabas, ellos no lo harían. El mundo cotidiano se volvió el dormitorio, la biblioteca, el comedor. Dormir, dar la clase o leer, comer. La computadora con su internet se volvió el gran mundo exterior: desde su pantalla sabías de todo y de todos, pero el mundo peligroso, el temible.

Por supuesto, algunos días había que aventurarse a los víveres en el mercado y los bancos para pagar adeudos y disponer de dinero.

\*\*\*

El de 19 de mayo fue mi segunda dosis de la vacuna contra el Covid. Ahora todo parece más organizado: las citas son en cada hora y se hacen filas según el horario. A mí me tocó a las nueve de la mañana y fue nuevamente en la cancha múltiple del CODE. Lo hice sin el miedo inicial de la primera dosis.

Había que resistir a la pandemia en todos los sentidos. Había visto familiares y colegas casi agonizar por el virus y sobrevivir, pero también otros habían muerto y eran la prueba irrefutable que uno antes y otros después caeríamos como árboles cercenados por ese extraño leñador que no usa hacha sino una guadaña, la que, en su primer golpe, todo lo siega.

\*\*\*

En junio le tocó vacunarse a mi esposa. Nos levantamos pronto y tomamos la hoja de registro que habíamos impreso un día antes. Había llovido por la noche y la mañana era húmeda y fresca. No había orden numérico en la fila afuera del gimnasio de la Universidad de Guadalajara por la calle Revolución. Constituía un lugar personalmente emblemático pues nuestro hijo había jugado ahí como seleccionado de la Universidad en su equipo de voleibol: batallas dadas para ganar o perder con orgullo.

También mi hijo había nada en la alberca olímpica pues todo ese complejo deportivo frente a la facultad de Ingeniería, me reservaba también otros recuerdos más lejanos: el estadio de béisbol de los Charros de Jalisco y el estadio de futbol donde el entrenador de los Leones Negros en los años ochenta me había citado para ser jugador profesional de Primera División y que yo, olímpicamente (jeje), desprecié. Prefería ser “pobresor” que “millonario futbolista” (jeje).

Ahora mi esposa entraría al gimnasio por su primera vacuna contra el Covid 19. Suspiré pues nunca supuse que podríamos llegar a tal momento. Allí estaba Dios o el Destino, o como se llame, en esa posibilidad.

\*\*\*

Mi hijo Álvaro llegó el veintitamos de julio (mi esposa ya había recibido su segunda vacuna). Trajo a sus hijos alemanes y decidimos irnos todos, incluida mi hija, su esposo y mis otros nietos, a Chacala.

A mi hija nunca le había gustado el mar de Chacala porque es un pequeño y pobre pueblo de pescadores. Las altas olas de su playa de algún modo atemorizaban. Y ella prefería un hotel tipo americano en Vallarta o Nuevo Vallarta con todo incluido. Pero con la pandemia, por más que se restringía el aforo de huéspedes al 50 %, no parecían seguros y sí muy susceptibles al contagio.

En cambio, la playa de Chacala se dividía en dos partes muy remarcables: la zona de las palapas para comer y otra más sola con su bosque de palmeras. Ocupar la parte central de esta playa era alejarse del bullicio de la gente que venían en autobuses de varias partes del país y alejarse, sobre todo, del posible contagio masivo.

Y desde este punto de vista, se convertía en el mejor lugar para vacacionar.

\*\*\*

Nos hospedamos en dos bungalows y desde sus balcones se contemplaba toda la bahía. Era agradable ver el amanecer o el atardecer. A mí, en lo personal, me gustaba el rugido del mar a la medianoche; me parecía pertenecer más al reino animal que al reino mineral.

Bajábamos a la playa en la mañana y mi hijo y mis nietos alemanes colocaban un toldo para protegernos del sol durante todo el día. Además, ponían una cancha de voleibol playero: postes que sostenían la red y lazos que limitaban el campo de juego. Álvaro jugaba contra Amelia y Eneas. Y todo se volvía un espectáculo: los vendedores ambulantes, los salvavidas y los indios huicholes que vendían sus artesanías, se detenían para verlos con enorme fascinación. Una buena tarde los meseros y trabajadores de los restaurantes vecinos pidieron permiso para usar la cancha.

Mi hija y su familia llegaban al punto de las doce del día, con trajes especiales que los protegían de los rayos del sol para no quemarse ni tostarse la piel. Yo, en cambio, me tostaba las piernas sin percatarme hasta que uno de esos días sentí la molestia del ardor en la piel como no lo había sentido desde que siendo niño me quemaba al sol en la bahía de Barra de Navidad.

\*\*\*

Semanas más tarde volvimos a Chacala. Mi hijo había invitado a su amigo “Tarzán” a pasar con nosotros estas segundas vacaciones.

El muchacho (treintón) había viajado en avión desde Monterrey. Llegó a medianoche a Puerto Vallarta y pernoctó en la sala de espera. Al amanecer vino de regreso hacia donde lo esperábamos, pero lo hizo a su modo: caminando por la carretera y pidiendo rida a las camionetas que venían en nuestra dirección, encima de cocos, costales de tabaco, maderas de parota, comiendo virotes y galletas. Tardó más de medio día en llegar lo que en dos horas lo hubiera traído un autobús.

Caía la tarde cuando apareció al fondo de la playa, vestido de blanco con su turbante como si fue un maestro espiritual hindú. ¡Espectacular para todo aquel que no hubiese visto a alguien así donde los sombreros de palma y la vestimenta norteña eran lo más común en ese pueblo de pescadores!

¿Por qué narro esto en mi crónica sobre la pandemia? Simplemente, porque mi esposa y yo teníamos temor de este joven que se relacionaba con muchas personas en su discurrir diario pues era quiropráctico que resuelve problemas musculares y óseos, tocando y estrujando a las personas. Y él lo hacía en todas partes donde anduviera. El asunto es que era médico profesional surgido de la Universidad de Guadalajara y no creía en el coronavirus. ¡Válgame Dios un médico que no cree en las enfermedades!

Toda esa semana anduvo sobando y estrujando a meseros y turistas por la playa sin cobrar un solo peso. Más comíamos y dormíamos juntos en el mismo bunwalo. (No lo contaré ahora, pero se dormía en el mar flotando panza arriba hasta que mi hijo lo rescató pues se adentró demasiado lejos de la playa).

¡Qué “Tarzán”!

\*\*\*

Volvimos a las clases virtuales de la universidad mediante las plataformas disponibles. Seguimos con el confinamiento y las salidas rápida para los víveres y artículos de primera necesidad.

En el horizonte de nuestras vidas no había mucha esperanza. La variante delta del covid 19 proveniente de la India anunciaba un nuevo rebrote de la pandemia. Los enfermos y muertos seguían aumentando, vueltos una terrible estadística. ¿Dónde morían más? ¿En Asia o en Europa? ¿En Estados Unidos o en Latinoamérica?

¿Había una genética que predisponía a la enfermedad y a la muerte, y otra que no, más allá de las comorbilidades de cada persona?

Pensé en la película que protagonizó Charlton Heston: “Cuando el destino nos alcance”. Y creo que ya nos alcanzó.

Guadalajara, Jalisco, México  
30 de diciembre de 2021